

# *Las emociones: territorios intermedios en la mente*<sup>1</sup>

FERNANDO BRONCANO  
*Universidad de Salamanca*

¿POR QUÉ IMPORTAN LAS EMOCIONES A LA FILOSOFÍA DE LA MENTE?

Es controvertible que las emociones sean un tema interesante para un filósofo de la mente. A lo largo de la historia han variado las actitudes y las tendencias a considerarlas un tema serio: Aristóteles las tomó muy en serio, y su *Retórica* es todavía una introducción imprescindible. No podemos decir lo mismo de la tradición estoica, aunque más tarde Hume y Spinoza las elevaron a temas centrales de la filosofía de la mente. En el siglo XX, por el contrario, la tendencia general ha sido el desprecio (una interesante emoción ella misma). Parece haberse impuesto la línea kantiana, heredera en este tema de la estoica, de considerar las pasiones, por morales o positivas que sean, como objetos ajenos a la consideración del valor de las normas dignas de ser perseguidas por sí mismas y no por el sentimiento que nos produzcan. A veces el rechazo filosófico se superpone a un reconocimiento de la importancia en la vida cotidiana práctica, lejana también de los centros de interés teóricos

Gilbert Ryle en *El concepto de lo mental* (Ryle, 1967) dedica un capítulo a mostrar que no hay nada interesante en las pasiones: son reducibles a disposiciones de conducta. Los aspectos privados, cualitativos,

<sup>1</sup> Este trabajo se ha beneficiado de los proyectos de la CICYT PB98-0495-C08-03 y de la Junta de Castilla y León SA07/99. Versiones anteriores fueron leídas en mi curso de doctorado 1999-2000 en la Universidad de Salamanca. Agradezco especialmente las aportaciones de Eliana Carrillo, Lucía Fernández, María Dolores González, Diego Lawler, Huey Chen Tseng y Alejandro Matarrita. Con Jesús Vega he discutido innumerables veces las ideas centrales. A Carlos Thiebaut y Antonio Valdecantos les debo algunas objeciones que no estoy seguro de haber resuelto.

internos, afectivos, no tienen ninguna significación. La opinión de Ryle está mucho más generalizada que su compromiso con el conductismo y plantea al teórico de las emociones un dilema como éste: si las emociones tienen contenido representacional y, por consiguiente pertenecen al campo de lo mental, todo lo relevante de ellas puede ser descrito conceptualmente dentro del marco de las actitudes proposicionales<sup>2</sup>; por consiguiente, dejan de ser extraños episodios que merezcan un tratamiento específico al de la psicología de creencias y deseos. Por el contrario, si hay algo más que no sea el contenido en los términos habituales, habrá de enfrentarse al problema de cómo puede tener algún interés para la filosofía de la mente algo que causa la conducta en virtud de propiedades que no son representacionales. Al fin y al cabo, ¿a quién le importa (desde la filosofía de la mente) la acción causal sobre la conducta de los resbalones, las quemaduras, los estornudos o cualesquiera procesos corporales que se produzcan por la mera ocurrencia de causas físicas? En este sentido la tradición estoica tiene razón: si son acciones causales que interrumpen la acción intencional, el único tratamiento que merecen es el terapéutico.

Las actitudes a las que me referiré principalmente son más bien eliminacionistas, en el sentido de que su objetivo es *reducir* las emociones a otras instancias que se consideran tratables, interesantes filosóficamente o simplemente irrelevantes: perturbaciones fisiológicas, conductas, disposiciones; de otro lado, actitudes proposicionales o juicios evaluativos de orden superior o, lo que suele ser más común, una mezcla de ambos aspectos<sup>3</sup>

Quizá la posición más radical de la actitud eliminacionista es la que comienza negando la existencia de un tema sobre el que tratar: no existen emociones, así que no tiene sentido discutir sobre su importancia o naturaleza. No existen en el sentido de que no forman una *clase natural*. Así, Elster, 1999 afirma: «Inquirir acerca de la naturaleza de la emoción y de la relación entre la racionalidad y la emoción parece presuponer que el concepto de emoción es coherente y está bien definido, o, lo que

2 Por ejemplo, la reducción de Davidson, 1976 del miedo a creencia más deseo. En una línea parecida, Gordon, 1987.

3 Un interesante problema que tienen todos aquéllos que tienen una teoría de las emociones como procesos de aspectos duales, fisiológicos y representacionales, es cuál es la relación que mantienen tales aspectos: ¿es un paralelismo ocasional?, ¿es una extraña relación causal?, ¿es una relación sobrevenida?. Repárese en que, a diferencia de lo que ocurre con la percepción el teórico del aspecto dual no puede afirmar que la relación es informacional, puesto que la dualidad se convertiría en una única relación representacional.

es equivalente, que las emociones forman una *clase natural*» (p 239). Pero ni lo está ni la forman. Cualquier definición de emociones implica un substrato de analogías entre mecanismos muy diferentes, del mismo modo que la idea de alas o criaturas que vuelan incluye un conjunto de analogías que no captura ninguna clase natural. La misma opinión es mantenida por Griffiths, 1997 después de una larga deliberación basada en lo que considera que debe ser una correcta teoría de la evolución:

«mi conclusión central es que el concepto general de emoción es improbable que sea un concepto útil en la teoría psicológica. Esto quiere decir que hay una clase de procesos psicológicos que subyacen a cierto campo de conductas humanas; pero no hay ninguna clase de procesos que esté suficientemente en la base de la conducta para ser identificado con emoción. Emoción es como la categoría de los objetos «supralunares» en la astronomía antigua» (p 14)

No se puede ser más claro ni radical, aunque tiene cierta ironía el hecho de que «supralunar» *sí* haya sido un término paradigmático de clase natural en el mundo aristotélico, pues denota la clase de cuerpos constituidos por un cierto material, el éter.

El segundo gran argumento contra la idea de que las emociones puedan constituir un objeto de pensamiento proviene de la *heterogeneidad* de la clase de fenómenos dentro de la que incluimos las emociones. Si antes se achacaba a los autores usar analogías<sup>4</sup>, ahora se afirma la imposibilidad de un criterio que delimite fenómenos tan distintos: estados de ánimo como la depresión, el mal humor, la angustia; sensaciones de hambre, sed, excitación sexual; emociones como el miedo, la furia; episodios de alegría o jolgorio; estados emotivos a largo plazo como el amor, el resentimiento, la envidia; emociones epistémicas como la sorpresa o la esperanza, ... La lista puede continuar tanto como queramos para mostrar que aunque siempre encontremos algo en común entre dos fenómenos de este tipo, nunca encontraremos algo que todos ellos tengan en común. Esta es la tesis y la apuesta de Elster, 1999.

La actitud ante la evidente heterogeneidad de los fenómenos emotivos y motivacionales nos permite clasificar en dos las actitudes extremas frente a las emociones: la de quienes establecen *a priori* que las emocio-

4 El argumento de Griffiths es que “emoción” es como “animales que vuelan”: un término que esconde analogías y homologías que no pueden ser unidas científicamente en una categoría proyectable

nes no son sino otra cosa: actitudes proposicionales, intenciones, conductas, etc. y la de quienes establecen *a posteriori* que no hay esperanza para encontrar una teoría respetable de las emociones.

Subrayo que los escépticos no desprecian todo tratamiento de las emociones; Elster nos informa de que casi todo lo que él ha aprendido sobre las emociones lo ha hecho leyendo a los novelistas o a los moralistas franceses del XVII y XVIII, a diferencia de lo decepcionante que le ha resultado toda la literatura psicológica<sup>5</sup>. El escepticismo sobre las emociones es muy similar al eliminacionismo sobre la *folk-psychology*, que reconoce al mismo tiempo la importancia práctica, literaria, mitológica, etc. de nuestros conceptos habituales de psicología natural. En resumen, las teorías sobre la mente dominantes<sup>6</sup> coinciden en el desprecio, la reducción o la eliminación: la teoría cartesiana de las actitudes proposicionales, la teoría conductista, la wittgensteiniana de las intenciones como reglas públicas, la cognitivo-representacionista; todas están de acuerdo en el diagnóstico aunque no lo estén en los síntomas. Pero nadie, que yo sepa, ha afirmado que sean sucesos sin importancia. Al contrario, como ya hemos señalado, parece acompañarse la actitud escéptica en la teoría con una «apasionada» proclividad a los tratamientos literarios, pictóricos, fílmicos, moralizadores, etc.

Pero cabe también una actitud distinta que, dicho rápidamente, haga de la necesidad virtud. Lo mismo que el no ladrado del perro de los Baskerville, lo interesante de las emociones es su no teoría, la dificultad de su tratamiento.

Podríamos comenzar por un experimento mental filosófico: ¿cómo sería el diseño mental y la cultura de una especie similar a la del Dr. Spock, quien, como sabemos los fans de *Star Trek*, no tiene emociones?

5 “Creo, por tanto, que la penetración precientífica en las emociones no ha sido superada simplemente por la psicología moderna como la filosofía natural fue superada por la física” (Elster, 1999, p 50). Véase en general el capítulo “Emotions Before Psychology”. Esta mezcla de escepticismo teórico y abrumamiento por la cantidad de cosas que sabemos de las emociones la encontramos también como actitud en Marina, 1996, un libro, por otra parte, como el de Elster, interesante y valioso en su información e igualmente delicioso en su lectura. No deja de ser curioso, sin embargo, que la misma distancia respecto a la psicología la encontremos en figuras señeras del análisis conceptual como Anthony Kenny, quien en su *Action, Emotion and Will*, (Kenny, 1963) dedica también un capítulo a rechazar las investigaciones empíricas y, a pesar de sus simpatías por el análisis fenomenológico, es también la actitud de Hansberg, 1996.

6 Reconozco que éstas no son *todas* las opiniones. Martínez Freire, 2000 examina una lista de opiniones contrarias acerca de la relevancia de las emociones para la ciencia cognitiva.

Traduzcamos esta pregunta excesivamente exigente para nuestras capacidades imaginativas a estas otras: ¿habría tenido alguna ventaja competitiva una especie con mente no emocional?, ¿habría sido posible biológicamente?

Una posible respuesta: sí, no hay dificultades conceptuales o físicas, luego es un hecho empírico, luego no tiene interés filosófico. Pero también está esta otra: sí, no hay dificultades conceptuales o físicas, pero ¿qué nos enseña sobre nuestro diseño mental el hecho de que tengamos un sistema emotivo tan complejo como para hacerlo casi intratable?

Supongamos que nuestro insensible ser estuviera dotado de todos los elementos perceptivos que tenemos nosotros, que estuviera dotado asimismo de una psicología de creencias y deseos y quizá de algún primitivo sentimiento de placer o displacer, de manera que fuese capaz de mantener una vida mental suficientemente racional, o quizá exclusivamente racional, de acuerdo a una inveterada tradición; ¿tendría quizás un leve déficit, tal vez molesto pero fácilmente soslayable como el de la ceguera al color o una sordera parcial a determinadas frecuencias?, ¿sería su déficit, por el contrario, una deficiencia grave, del mismo orden que el autismo, por ejemplo, que impide una adecuada vida social?

A su vez, hay dos respuestas diferentes: en una el ser habría sido viable tanto evolucionaria como funcionalmente, en el otro habría tenido graves problemas de supervivencia, tanto en el plano ontogenético como filogenético.

El tener emociones es un rasgo monomórfico en nuestra especie<sup>7</sup>, como el tener manos y pies, o como el tener lenguaje. De forma que nos podemos replantear la pregunta, una vez que aceptamos la contingencia del hecho de que tengamos emociones, de cuál sea la explicación de tal hecho.

Me parece que hay tres tipos de explicación que agotan el catálogo:

- Es una pura contingencia histórica
- Hay explicaciones de ventajas adaptativas para los seres dotados de emociones
- Puede que no hubiera ventaja adaptativa, y que sea un rasgo atávico de otras fases evolutivas, pero se ha producido una exaptación y la mente humana ha reutilizado las emociones para nuevas funciones.

7 Las emociones particulares que muestra el sistema afectivo son, sin embargo, polimórficas en nuestra especie. O, más precisamente, los rasgos emocionales son polimórficos y además muestran sensibilidad a la diversidad cultural.

La primera respuesta es neutra respecto a si el «sistema emotivo» (vamos a hablar en adelante de un sistema) es o no positivo en un sentido funcional para la especie. En las otras dos respuestas hay una clara opción por la funcionalidad del sistema emotivo, aunque la explicación causal difiere: en un caso es evolucionaria, en otro caso es una explicación sistémico-funcional, sea evolucionaria o no. En este último caso, el sistema emotivo humano podría parecerse al uso de una lengua particular: su explicación sólo es parcialmente evolucionaria. En la explicación evolucionaria el sistema emocional habría sido mantenido por genes, mientras que en la explicación funcional pura podrían haber sido los memes los encargados del sostenimiento del sistema. Esta es la posición que sostendremos y desarrollaremos.

#### LA FUENTE DE LA HETEROGENEIDAD

El origen del escepticismo acerca de las emociones tiene sus raíces en la heterogeneidad y variedad de formas, causas y manifestaciones de las emociones. Algunas de las teorías existentes consideran que el teórico debe proponer un análisis conceptual y eliminar del campo de las emociones a aquéllos fenómenos que no se adapten a las condiciones necesarias y suficientes de su definición. Antes de valorar esta opción, que es la diana de los argumentos eliminacionistas, comencemos por aceptar la diversidad de aspectos que muestran los estados o episodios emocionales y por examinarla:

- Fenomenología o *qualia*

Para el concepto popular de emoción, el miedo se identifica con el sentimiento o afecto subjetivo de «sentir miedo». Es más, algunos dirían que esto es lo que hace de las emociones. Para el conductismo psicológico y filosófico, esta idea era la bestia negra que había que combatir (Ryle, 1967). Unos experimentos muy conocidos realizados en los años sesenta<sup>8</sup> mostraron que los sujetos podían malinterpretar sus emociones, lo que resulta ser catastrófico para un teórico de los *qualia*, para el que «miedo» es «sentir miedo». Claro que otros experimentos poste-

8 Schachter, S., J.E. Singer (1962) inyectaron en varios sujetos adrenalina y les sometieron a diversas pruebas de identificación de sus propias respuestas emocionales. Los sujetos confundían el estado de excitación inducido por la adrenalina con una respuesta emocional específica

riores<sup>9</sup> mostraron que antes de que el cerebro reconozca una emoción se ha producido ya un efecto «afectivo», lo que ha hecho renacer la teoría de que el papel causal de las emociones sobre la conducta es a través de su componente afectivo.

- Patrones fisiológicos de respuesta

Desde Darwin ha sido el rasgo caracterizador de las emociones: en primer lugar, la contracción característica de varios músculos faciales, que conducen a una expresión particular para cada emoción básica o principal, en segundo lugar, ciertas modificaciones fisiológicas dependiendo de qué emociones se estén produciendo: náuseas en el asco, sudor en la angustia o miedo, aumento de la circulación en la epidermis (enrojecimiento) en la vergüenza, aumento del tono muscular, aumento de velocidad en el pulso, etc. Para Darwin son rasgos atávicos que fueron adaptativos en su momento y que por eso compartimos con numerosos mamíferos. Para la llamada «teoría James-Lange» de las emociones, la emoción (subjetiva) es el sensor interno de que se han producido ciertas perturbaciones fisiológicas, del mismo modo que el dolor es la sensación que nos informa de un daño corporal.

- Cambios neurofisiológicos característicos

Shalin, 1993 muestra que el miedo en monos *rhesus* bebés está asociado en diversas etapas del desarrollo a cambios característicos en los neurotransmisores que modulan las conexiones sinápticas. En un caso hay neurotransmisores excitatorios y en otros inhibitorios. Estos cambios están correlacionados con al menos tres conductas características de angustia o miedo en el mono: un pequeño llanto o aullido, en los primeros días del bebe, una conducta de congelación y aislamiento de todo contacto visual en los siguientes meses, y una conducta de ladrido, amenaza y preagresión cuando ya tiene una edad mayor. Las observaciones de Shalin son especialmente relevantes teóricamente no solamente porque consideran al tiempo la expresión conductual, la

9 Zajonc, 1980 comprobó los efectos sobre el reconocimiento de ítemes después de haber sometido a los sujetos a la exposición rapidísima y subcognitiva de ciertos estímulos, dando origen a varias reiteradas historias sobre el uso de estímulos preconscientes con propósitos publicitarios o políticos. Como desarrollo de la teoría del afecto, véase Zajonc 1984. Ledoux, 1999 tiene una magnífica relación de los experimentos relevantes y de su significado.

neurobiología y ciertas características ecológicas del desarrollo de los monos, sino también y sobre todo a causa de que son una puerta para investigar *cómo* actúa causalmente el sistema emotivo para diferenciar emociones particulares.

- Sistema neuroanatómico característico

Todos los neurólogos están de acuerdo en que la base del sistema emotivo está asociada al sistema límbico, y en especial a la amígdala, un pequeño centro del cerebro medio. Recientemente Ledoux ha reivindicado el llamado doble circuito de Papez (LeDoux 1996, 1999): la amígdala, un pequeño órgano del cerebro medio, recibe información del tálamo, un centro de conexión sensorial, a su vez conectado con el hipocampo, un centro de procesamiento primero de la información sensorial, que parece estar asociado con la memoria a largo plazo y los principales mapas o espacios de reconocimiento perceptivo. La conexión con la amígdala, a su vez, tiene dos grandes derivaciones, una con el hipotálamo, un centro de control del sistema endocrino (responsable del control de la emisión de adrenalina, por ejemplo), y otra gran conexión con las áreas prefrontales, donde residen parte de nuestras capacidades superiores de razonamiento y conexiones conceptuales. Los daños en el sistema límbico están asociados a disfunciones en la memoria a largo plazo y, como ha divulgado Damasio, en las capacidades de razonamiento estratégico y mantenimiento de planes en el tiempo, por ejemplo de los compromisos (Damasio, 1996)

- Estados activadores de las emociones característicos

Los estados de cosas activadores de una emoción pueden ser bastante variados, lo que no ha dejado de ser notado por los escépticos. Puede ser un suceso externo: la presencia de una araña, por ejemplo, para los que sufrimos aracnofobia; o un suceso interno, como la activación imaginativa de una situación, lo que ha sido hábilmente explotado por novelistas y directores de cine de terror; o puede ser una emoción diferente: Elster, 1999 nota como el desprecio suele ser una emoción producida por la envidia, una emoción que inmediatamente reprime el sujeto porque quizá afecta a su autoestima; o pueden ser las emociones de otros: los celos provienen de la convicción o sospecha de que la pareja siente afecto sexual o amoroso por un tercer sujeto. Para los convictos del internalismo respecto al contenido mental, no es la existencia de un factor activador, sino el reconocimiento del factor activador, por consi-



guiente una situación epistémica, lo que activa la emoción. Aunque por varios experimentos aludidos anteriormente (Zajonc, 1980) la velocidad de actuación del sistema emotivo es mayor que la del reconocimiento cognitivo.

- Objeto intencional

Para muchos autores lo realmente característico de las emociones es que tienen un objeto, algo que comparten con los estados característicamente intencionales: uno se enamora de alguien en particular, pero es indiferente a Mar Flores; o tiene miedo de las arañas, pero no de los gatos; u odia a los partidarios del Real Madrid, pero no a los del Barcelona. De ahí que para los autores proclives a esta idea, las emociones podrían ser caracterizadas como una actitud proposicional en la que distinguimos el componente de actitud (odio, amor, envidia) y el contenido, que caracteriza el objeto de la emoción. Quienes ponen en esta característica la condición necesaria para que un estado sea emoción (Kenny, 1963) deben distinguir tajantemente las emociones de otros estados sin objeto aparente, como son los estados de ánimo: depresión, angustia, excitación sexual, etc.; para mayor placer de los escépticos que recuerdan que muchos de estos estados comparten todas las características anteriores, sin compartir precisamente el tener objeto intencional.

- Juicio evaluativo

Desde Aristóteles, lo que constituye el elemento esencial de las emociones es un juicio evaluativo, consciente o no, acerca de una situación de activación. Así, la ira o el resentimiento serían emociones inducidas por el reconocimiento de que se ha sufrido un perjuicio que es inmerecido, la vergüenza sería el sentimiento producido por el reconocimiento de que se ha cometido una acción que es injusta, etc. La existencia de una evaluación de una situación de acuerdo con ciertos valores que afectan al sujeto de manera esencial como sujeto, indicaría la naturaleza cognitiva de las emociones e incluso de su importancia en la integración de la personalidad del sujeto. Este reconocimiento abonaría la tesis de la necesidad de un adecuado sistema emotivo para la realización de los principales fines humanos. Muchos filósofos, como Adam Smith (1790) o recientemente Alan Gibbard (1990) sustentan, por ejemplo, las normas morales en la existencia de previos sentimientos morales. Los escépticos recordarán, sin embargo, que no siempre el juicio evaluativo está asociado a una emoción: mi apreciación de que la selección italiana

no juega bien al fútbol no induce necesariamente un sentimiento de ira o desprecio; o bien nos recordarán que algunas emociones son despertadas sin tal juicio: un enamoramiento a primera vista no siempre, o casi nunca, va acompañado de juicio evaluativo alguno.

- Respuesta conductual

Muy relacionada con los patrones fisiológicos característicos, está la acción causada por las emociones. Mi grito irreprimible al ver una sombra bajo una piedra está relacionado causalmente por mi aracnofobia. Davidson, en su análisis de la teoría de la emoción en Hume, por ejemplo, insiste en que las emociones deben ser explicadas como componentes de la acción intencional causada por la coalición de un estado intencional de creencia y otro desiderativo. Para los defensores de la explicación evolucionaria o funcional, es el hecho de que las emociones causen un cierto tipo de conducta característica lo que explica su existencia. El altruismo como emoción habría sido sostenida, por ejemplo, por la ventaja competitiva que induce en el sostenimiento de grupos que, a su vez, apoyan la supervivencia de sus miembros (Frank 1988). De nuevo los escépticos señalarán que muchas emociones no están asociadas con conductas, al menos no de una manera suficientemente regular como para indicar la existencia de un lazo nómico o de algún grado de necesidad.

- Tiempo de activación característico

Para algunos teóricos una condición necesaria de las emociones es que sean episodios de una duración restringida. A diferencia de los estados de ánimo, como la angustia, o ciertas disposiciones afectivas permanentes como el amor o el odio, las emociones se activan y desactivan en periodos de tiempo relativamente cortos: desde unos segundos o minutos a algunas horas. La respuesta escéptica se dirige a lo borroso de este criterio como para señalar una frontera suficiente para caracterizar las emociones.

Nos encontramos pues con un tipo de fenómenos multidimensionales y heterogéneos que, por ello mismo, afectan a componentes muy diferentes de la mente, el cuerpo y la acción.

No es pues difícil encontrar contraejemplos a aquellas teorías que eligen uno sólo de los aspectos como elementos necesarios y suficientes. Por ejemplo, la teoría de que lo esencial de las emociones es un juicio evaluativo, la teoría cognitiva pura, defendida, por ejemplo por Solomon, (1980, 1986). Un escéptico puede inmediatamente aducir los experimentos de Zajonc para mostrar cómo actúa causalmente una emo-

ción sin necesidad de inferencias. Pero lo mismo podemos aducir contra la teoría de los afectos puros, al encontrar que algunas emociones como la envidia, la sorpresa o los celos son imposibles sin juicio evaluativo.

Tomemos como referencia otro fenómeno heterogéneo: el lenguaje. Al igual que ocurre con las emociones, encontramos también escépticos, incluso escépticos radicales respecto a la idea de que el lenguaje pueda convertirse en una entidad teórica explicativa. El caso más conocido e imitado es la perspectiva wittgensteiniana: se nos permite determinar si alguien domina una lengua; se nos permiten ejemplos paradigmáticos de conducta lingüística; se nos permite, incluso, señalar tales o cuales aspectos determinados de un lenguaje: su gramática, el significado de tal o cual frase, las patologías en algunos aspectos; pero nos está vedado hacer una TEORÍA sobre el lenguaje, porque, al igual que los escépticos respecto a las emociones, Wittgenstein sostiene que no hay nada que tengan en común todos los aspectos que queremos incluir en nuestra teoría del lenguaje. Mas, parafraseando a Borges sobre Hume, «los argumentos de Wittgenstein no admiten la menor réplica ni producen la menor convicción». Lo mismo podemos afirmar del escepticismo sobre las emociones.

Porque una cosa es hablar de una clase natural en la que se incluirían las emociones como elementos naturales, cada una de ellas mismas una clase natural, análogamente a cómo los mamíferos es una clase natural formada por numerosas especies, también clases naturales, y otra cosa es hablar de un sistema funcional complejo como el afectivo, que se muestra en aspectos funcionales diversos que identificamos con las emociones. Continuando nuestra analogía, el lenguaje es un sistema funcional que podemos considerar una clase, natural, si tenemos un criterio de «naturalidad» con algún sentido común. Sin embargo las preposiciones, los artículos, verbos o las anáforas no son clases naturales, sino aspectos funcionales de un sistema complejo. O quizá haría más precisa la analogía hablar de capacidades comunicativas que a veces se muestran lingüísticamente, otras no y otras veces, por último, mediante una mezcla de acciones verbales y actos no verbales.

El sistema emotivo está formado por una base neuroanatómica bien definida (el sistema límbico) y por unos mecanismos causales aceptablemente bien conocidos (los neurotransmisores) que tiene por un lado conexiones con los mecanismos de memoria y aprendizaje y por otro con el sistema endocrino y con el control sensorio-motriz. Este sistema, que compartimos con los mamíferos, contiene procesos cognitivos y procesos conductuales. Lo importante en la especie humana, como también lo fue en otras especies sociales, es que ha evolucionado para adaptarse a un medio primariamente social, convirtiéndose en un sistema com-

plejo de adaptación al medio social, incluido el proceso de formación de la persona como sujeto autónomo en el grupo social. Se equivocan las actitudes eliminacionistas y se equivocan las actitudes reduccionistas, que subrayan solamente tal o cual aspecto de las emociones, el cognitivo, el conductual, el afectivo considerando que los otros son subproductos, epifenómenos o atavismos evolutivos. Se equivoca igualmente toda esa literatura de supermercado sobre la inteligencia emocional, que contiene tanta confusión conceptual como daño cultural produce.

Lo interesante del cerebro humano es que, a pesar de que la especie ha desarrollado un potentísimo sistema cognitivo basado en el lenguaje, el sistema emotivo no ha quedado como un atavismo parecido a las ilusiones perceptivas, sino que se ha transformado en un sistema de señales tan sutil como irreductible al aparato conceptual. Forma parte de los varios sistemas de situacionalidad en el mundo que son cognitivos sin ser necesariamente conceptuales. Lo mismo que el sistema perceptivo, lo mismo que el sistema sensorio motor, que incluye habilidades y esquemas de orientación y navegación, tiene producciones y sostiene marcadores conceptuales, pero tiene su propia dinámica sin la que el sistema conceptual sería impotente. Es imprescindible reparar en que el sistema de conceptos no se impone como una «segunda naturaleza» a las necesidades biológicas, sino que él mismo es una parte constitutiva de un sistema de interdependencias con el mundo en el que estos territorios intermedios forman una trama constitutiva de los conceptos. Para decirlo abiertamente: no solamente sería inviable biológicamente un ser sin un sistema emotivo sino que también, de ser capaz de producirlo, tendría un sistema conceptual que para nosotros sería ininteligible, es decir, un no-sistema conceptual.

#### LAS DIMENSIONES DEL SISTEMA EMOTIVO

El status de territorios intermedios en el dominio de lo mental no evita que las emociones compartan con los estados prototípicamente mentales varias dimensiones<sup>10</sup>.

10 Entiendo en este contexto el término “dimensión” en un sentido que es más fuerte que el de “perspectivas” desde las que podríamos contemplar los estados mentales y menos fuerte que el de propiedades esenciales, aunque podría entenderse en forma realista análogamente a las dimensiones de un espacio: son componentes cuya conjunción determina una propiedad que en este caso sí podría ser esencial para determinar una emoción en particular. Para dejar un poco más clara la analogía, pensemos en la “dimensión” interna del contenido de un estado mental, que refiere al conjunto de relaciones que mantiene con otros estados mentales y la “dimensión” externa o conjunto de relaciones que mantiene con otros estados del medio o de otros sujetos.

- Individuo

El sistema emotivo forma parte de la dotación mental de un individuo; es parte de su vida mental. Otra cuestión distinta es si la identidad *qua* suceso mental de un episodio particular del sistema emotivo debe ser conferida necesariamente por el «contenido representacional», como ocurre en el caso de los estados conceptuales conscientes o de los estados perceptivos. Si consideramos ahora el individuo como una entidad continuante con propiedades complejas como la de «ser una persona», la dimensión individual del sistema emocional se convierte en una pregunta acerca de cuál es el papel del sistema emotivo en aquello que da continuidad al individuo en el tiempo y el espacio, en tanto que persona. Si tomamos el ejemplo análogo del sistema perceptivo (y no de tal o cual percepción o modo de presentación sensorial), podemos sostener fundadamente que es un sistema que ancla los estados mentales en un espacio-tiempo objetivos: no puede tener percepciones más que un sistema cognitivo dotado de un cuerpo que interactúa en el espacio<sup>11</sup>. Análogamente, el sistema emotivo, ésta es mi posición, ancla al sistema cognitivo en un espacio de evaluaciones. Las cosas del mundo no tienen por sí mismas valor, lo tienen, en un sentido secundario, en la medida en que despiertan evaluaciones. La discusión interesante es si el Dr. Spock podría tener un sistema de valores o asignaciones de relevancia. Es una cuestión que cae muy lejos del alcance de este trabajo, pero para responder brevemente, mi posición es que no: el Dr. Spock no puede valorar completamente las cosas, incluidos sus propios estados o los estados de los otros, sin un adecuado funcionamiento del sistema emotivo. Esta es una posición muy aristotélica, que exige una capacidad de educación sentimental para tener una educación cognitiva suficiente. Los filósofos de orientación kantiana creen que es independiente: la valoración es un juicio que pone en marcha los recursos conceptuales y sólo los recursos

11 Este “no puede” tiene varias interpretaciones. Hay al menos dos que son alternativas y con las que sin embargo simpatizo. Supongamos que alguien alude a algunos conocidos experimentos mentales filosóficos como el de los cerebros en una bañera que son alimentados de información por científicos malignos: ¿no pueden tener percepciones de sus alrededores?. En la primera versión, basada en la idea externista de significado, NO: el contenido de la percepción incluye metafísicamente relaciones informacionales con el medio, que son cortadas por los medios tecnológicos y las intenciones engañosas de los científicos. En la segunda versión, una simulación del espacio físico es computacionalmente tan costosa que exige en realidad reconstruir o construir un equivalente físico del entorno, como el mapa borgiano del mundo que era el propio mundo. En este caso el no puede es empírico, pero igualmente irrealizable.

conceptuales. Valorar, para un kantiano, es aplicar una regla con valor universal, independientemente del sentimiento que suscite la regla o la aplicación. Hay muchas razones *a priori* para sostener esta posición, pero lamentablemente los datos empíricos están en su contra: un funcionamiento inadecuado del sistema emotivo afecta tanto a la memoria como a la voluntad: los sujetos no ordenan o marcan adecuadamente las entradas en la memoria, y por consiguiente tendrán problemas para recuperar la información y no son capaces de «compromisos» reales, que exigen la movilización de todos los recursos para mantener un curso de acción frente a las contingencias<sup>12</sup>. En *Los duelistas* de Conrad es el odio el que ordena la conducta de dos enemigos a lo largo de su vida, en *La educación sentimental* de Flaubert, es el amor romántico irrealizable el que ordena la vida entera del protagonista en medio del París revolucionario del 48.

A lo largo de la vida de la persona el sistema emotivo conforma una trama de relaciones entre los sucesos del pasado y del futuro, entre los varios componentes de la vida mental que no es de menor importancia que la trama de la percepción. Si tiene sentido plantearnos preguntas como la de Jackson respecto a la investigadora de los colores que nunca vió colores, tiene el mismo sentido plantearnos la pregunta sobre la personalidad de alguien que, por ejemplo, nunca tuvo simpatía o altruismo por otros, aún si, kantianamente, se comportó como una persona rigurosamente caritativa toda su vida.

- Medio

La relación con el medio nos lleva a plantearnos una cuestión de externalismo respecto a las emociones: la relación del sistema emotivo con el medio se encuentra en el territorio intermedio de lo cognitivo y lo

<sup>12</sup> Carlos Thiebaut objeta a mi posición no kantiana el que los principios de conducta conforman de hecho un medio en el que el individuo desarrolla su capacidad de acción. Sin principios, reconstruyo así la objeción de Thiebaut, no hay tampoco acción. Mi respuesta es que es cierto que los principios son constitutivos de la acción racional, pero no todos los principios expresan normas en el sentido kantiano ni todas las normas son reducibles a principios. Los principios pueden ser solamente la consecuencia o la expresión de un valor causado por la carga afectiva de un hecho, sin que medie una norma: “nunca metas un gato en un microondas por diversión” podría ser un principio sostenido incluso por alguien que asiste gozoso a las corridas de toros. Su principio se basa solamente en la diferente efectividad sentimental de los dos espectáculos, no en una máxima que obviamente agruparía los dos sucesos en la misma clase.

evaluativo. Informa a la mente de algo y añade una evaluación de ese algo. Hasta aquí no hay nada sorprendente: la cuestión es por qué. ¿No habría sido más económico prescindir de un sistema tan complejo como el emotivo y dejar en manos del sistema cognitivo la tarea de evaluación? ¿no está mejor preparado para ello dado que es capaz de extraer las consecuencias previstas de una situación percibida y asignarles un peso desiderativo, tal como sostiene Davidson?. Pero también podemos devolver la pelota al tejado del eliminacionista y plantearnos cuál es la relación que sostienen el medio y la mente para que la existencia del sistema emotivo haya sido preservada e incluso amplificada a través de especies tan diferentes. Pues bien, algunos datos empíricos deberían hacer pensar al filósofo. En particular son dos los más relevantes: el grado de regularidad que muestra el medio y el tiempo necesario de reacción para la preservación de las funciones vitales. El medio físico es un medio lleno de regularidades, pero también de sorpresas. La mayoría de las regularidades las pone la parte física del medio, la mayoría de las sorpresas la parte biológica: los depredadores, la potencial pareja, los hijos, los pares. En un medio social, la mezcla de incertidumbre y regularidad se hace aún más condenadamente extraña: cuando la vida del agente depende de lo que hagan los otros, y lo que hagan los otros, por ejemplo, está determinado por su percepción de las expectativas del agente, las exigencias de cálculo comienzan a ser excesivas para nuestra dotación genética. Pensemos en la lucha o la competencia contra un miembro del grupo con el que compartimos conocimientos y expectativas, incluido el conocimiento de que compartimos conocimientos y expectativas: la velocidad de cálculo puede ser tan necesaria como la fuerza bruta, por bruta que ésta sea. Y por eso tenemos que mirar a una segunda característica del medio: el tiempo medio de reacción para sobrevivir. Depende de muchos factores físicos y biológicos. Pero el tiempo de reacción es esencial en la supervivencia. Los filósofos tienden a pensar solamente en las posibilidades y capacidades del medio cognitivo conceptual, pero no en la velocidad de procesamiento ni en los recursos computacionales que exige.

- Observador o intérprete

Las emociones se muestran en la cara y en la conducta y comunican estados mentales. La expresión de la emoción no es un acto comunicativo, pero tiene efectos comunicativos: cambia la mente del observador. La mayoría de las emociones despiertan emociones en los observadores, sobre todo si son seres cercanos. Es más, la atención a las emocio-

nes es uno de los estadios precursores en el desarrollo de la teoría de la mente del niño para el que la referencia social es un elemento esencial en su comportamiento cuando sus capacidades motrices le van convirtiendo en un ser relativamente autónomo, hacia los 12-18 meses. La cara de susto de mamá implica peligro: no te muevas; la sonrisa, permiso y apoyo a lo que estás haciendo (Harris, 1989). Si la expresión de las emociones, que compartimos con muchos mamíferos, fuera un simple atavismo, la comunicación de emociones sería una contingencia en el desarrollo de la mente humana. Para el desarrollo del niño no es importante el color del vestido de la madre, o si suda porque hace calor o si el viento le revuelve el pelo. Pero una expresión de emociones sistemáticamente contradictoria con las necesidades objetivas provocará en el niño un grave trastorno emocional y le expondrá a un probable peligro de psicosis o sociopatía. La expresión de emociones forma parte de ciertas claves del medio que tienen una especial significatividad, lo mismo que la dirección de la mirada. No deja de ser curioso que la dirección de la mirada implique una operación computacional de cierta complejidad, puesto que el sujeto extrae la información de una clave más bien poco informativa, como es el paralelismo de los ojos y su situación relativa a otros rasgos de la cara. Sin embargo, para animales sociales como los primates, captar la dirección de la mirada del otro es la clave más importante de información sobre sucesos interesantes del medio. Del mismo modo, la captación de claves emocionales es una de nuestras principales claves sociales: sabemos si el que nos habla nos está mintiendo no porque comparemos sus palabras con la realidad, que podría estar equivocado, sino porque su leve enrojecimiento o conducta nerviosa al narrar el hecho en cuestión es una clave de que tiene miedo de que sea descubierta su mentira. El papel atributivo del observador es para muchos escépticos el principal argumento contra la sustantividad teórica de las emociones (Averill, 1994 afirma que las emociones son básicas solamente «para el ojo del observador»). Pero hay una relación sistemática entre la formación de la mente del niño y la coherencia emocional de los seres que le rodean: luego no puede ser una mera construcción «interna» al observador. Otra cuestión diferente es la clasificación lingüística de las emociones en el vocabulario de las distintas lenguas y culturas<sup>13</sup>.

13 Inmaculada Iglesias señala la dificultad de traducir términos de emoción, que en buena parte están ligados a factores culturales. Su ejemplo es el termino 'vergüenza ajena' que las culturas latinas entendemos tan bien y que es casi imposible traducir al inglés, del mismo modo que la diferencia en inglés entre 'shame' y 'embarrasment' no es reflejada en el mismo término español 'vergüenza'.



- Sociedad

El paso del grupo a la sociedad implica la aparición de instituciones y normas estables y, por consiguiente, la capacidad de exigir derechos y obligaciones. La relación entre normas e instituciones y el comportamiento emocional es uno de los problemas filosóficos de mas larga tradición. Para Kant, como venimos insistiendo, la norma solamente actúa o debe actuar a través del reconocimiento que el sujeto hace de su contenido, y la asociación de un sentimiento o emoción es una pura contingencia; para otros filósofos más realistas o cínicos, las normas existen porque existe un sistema de sanciones que actúa causalmente a través del miedo; para otros, incluso, las emociones son la solución a un problema teóricamente insoluble: cómo son capaces los grupos de resolver los dilemas de racionalidad colectiva (Frank, 1988). Gibbard, 1990, como ya hemos indicado, va más allá y sostiene que el contenido de las normas deriva de nuestras capacidades emocionales. Elster, por su parte, ha señalado sabiamente las numerosas normas que afectan a las emociones y a su expresión, como por ejemplo, la norma de no expresar jamás envidia. Lo interesante aquí es que las relaciones entre el nivel institucional y las emociones conforman un problema que no puede ser obviado más que por prejuicios *a priori*. Pero si tales relaciones existen es porque las emociones siguen manteniendo un papel causal en un nivel tan determinado lingüística y conceptualmente como el social. Dicho más claramente: las emociones constituyen el sistema de compromisos sin el que las normas e instituciones no son más que declaraciones lingüísticas<sup>14</sup>. Para muchos escépticos, curiosamente, lo único que existe es una construcción social o *folk* de las emociones: las emociones son lo que dice el vocabulario de cada idiolecto y cultura particular que son. Pero esta tesis de relativismo lingüístico, como todas las tesis de relativismo, se encuentra al final con un problema de continuidad de la referencia: las culturas tienen distintos nombres y clasificaciones de los colores, pero no conocemos ningún lenguaje que no tenga nombres para los colores. Los nombres de las emociones varían mucho culturalmente, pero no conocemos culturas que no tengan nombres para los episodios afectivos.

14 Sin que esta constitución signifique que una norma no tiene más contenido que un conjunto de disposiciones emotivas a reaccionar ante ciertos sucesos. Pero sin estas disposiciones emotivas tampoco existirían normas, sino, en el mejor de los casos, reglas o mecanismos.

## FUNCIONES DEL SISTEMA EMOTIVO

Para quienes sostienen la existencia de un dualismo irreducible de causas y/o razones, –la inmensa mayoría de los filósofos de la mente, por cierto– la existencia de territorios intermedios en los que existe contenido pero el contenido no es conceptual es algo sin sentido. Los sistemas perceptivos, en esta visión, solamente son sistemas ‘transductores’ que convierten señales físicas en ítems simbólicos. Las emociones, en el mejor de los casos, serían sistemas duales, asociaciones de patrones fisiológicos y componentes cognitivos conceptuales. Nuestra tesis es que las emociones conforman un sistema de señales o mensajes que porta y procesa contenido, aunque quizás este contenido es no-conceptual.

Una de las características esenciales del lenguaje es su increíble sensibilidad a las variaciones formales que se traduce en transformaciones de contenido: el lenguaje discrimina información en un modo que ningún otro sistema de señales puede hacerlo. La forma gramatical del lenguaje refleja una forma lógica que, a su vez, expresa una semántica composicional. Esta es la idea que se aplica prototípicamente a la idea de contenido mental, de forma que el resto de fenómenos que no muestran estas características se consideran fenómenos no-mentales, sea cual sea su naturaleza informacional. Así, el código genético porta información, pero no es un sistema mental; el sistema simpático que controla los reflejos porta información, pero no es un sistema mental, etc. Los sistemas sensoriales nos aclaran más esta analogía: los nervios ópticos portan información, pero solamente se «ve» aquello que es categorizable conceptualmente. Para ello se supone que el cerebro está dotado de sistemas de transducción que convierten la información física en simbolismo mental. Las emociones, o lo que sea el correlato neuronal del sistema emotivo, desde esta perspectiva panlingüista y panconceptual del contenido, puede portar información, pero solamente cuando es descriptible conceptualmente se convierte en mental. Pero entonces lo que habría hecho nuestro lenguaje es categorizar como «emociones» a un conjunto de fenómenos heterogéneos que no tienen más realidad como clase natural que la que tienen cualquiera de las partes de las «ciencias-folk», como la física, biología o psicología populares.

Desde otra descripción de lo mental, los contenidos conceptuales son un producto de la redesccripción lingüística de contenidos no conceptuales que, a su vez, son el producto de los muchos sistemas de control que articulan el cerebro humano. La redesccripción lingüística no crea todo contenido, sino que discrimina y calibra contenidos que ya

están presentes en la mente. En particular, los dos hechos relevantes sobre el sistema emotivo son, en primer lugar su funcionamiento parcialmente autónomo: los episodios emocionales no están sujetos al control consciente, actúan en tiempos mucho más cortos que el reconocimiento conceptual y están producidos por una base de sistemas neuronales parcialmente independientes de los que producen el contenido conceptual. En segundo lugar, la interacción del sistema límbico y los procesos superiores está suficientemente bien demostrada como para considerar al sistema emotivo como un sistema no cognitivo: interviene en la formación de la memoria y los procesos de aprendizaje, interviene en la integración de la personalidad<sup>15</sup>, interviene en la integración social de los grupos y en los compromisos normativos de los individuos, es decir en la formación de intenciones que regulan planes a largo plazo.

La forma de integrar estos dos aspectos ha sido desarrollada por Keith Oatley y Johnson-Laird<sup>16</sup> en una teoría funcional del sistema emotivo: las emociones son sistemas de señales que indican a la mente transiciones de planes. Su función es detectar posibles objetivos en el medio externo o interno que son relevantes (positiva o negativamente) a un plan en marcha y disponer al organismo a una biblioteca de planes potenciales de acción que está almacenada en la memoria a largo plazo, pero que gracias a las conexiones rápidas del sistema emotivo (mediante un sistema de marcadores emotivos de la información) permite una activación mucho más rápida que a través de los medios habituales de recuperación de la memoria. El sistema emotivo parte el mundo (externo o interno) en categorías mucho más amplias que el lenguaje y el sistema conceptual, porque son categorías de control rápido de planes: amenaza, continuación, pérdida, deseo, rechazo, obstáculo...y activa bibliotecas de planes mucho más amplias y menos discriminadoras que el sistema de representación consciente de las acciones en planes<sup>17</sup>. Los

15 Tsai et al., 1999, Adler 1999 estudian un interesantísimo caso de síndrome de disociación de personalidades. En un caso particular de disociación se ha podido estudiar mediante resonancia magnética la activación de dos zonas diferenciadas de la amígdala en cada "personalidad" o, quizá, grupo de memorias. Algunos filósofos (Hacking, 1995) habían considerado que este síndrome no es más que un mito o una construcción social de los psiquiatras, pero el descubrimiento abunda en la hipótesis de la implicación del sistema emotivo en la integración del yo.

16 Oatley, 1992 y Oatley y Johnson-Laird, 1987. La teoría de Oatley y Johnson-Laird solamente es inteligible si se adopta una distinción entre los aspectos cognitivos y los conceptuales: aquí adoptamos una versión más bien ecológica de esta teoría.

17 En algún artículo Patricia Churchland lo expresa con gracia: los cuatro planes fundamentales serían las cuatro efes "feeding, fighting, flighting and reproducing.»

mecanismos fisiológicos que acompañan a muchas emociones son parte de la predisposición del organismo a la acción. Son parte contingente de este sistema de control, pero no son necesariamente parte de todas las emociones, como tampoco lo es el tiempo característico de las emociones: el miedo puede ser rápido pero el deseo sexual no tiene por qué tener los mismos patrones de activación temporal.

El miedo detecta amenazas al plan en activo y prepara el cuerpo para posibles conductas. La biblioteca de planes puede estar más o menos preparada genéticamente. En el estudio de Shalin (1993), el macaco bebé reacciona de tres formas distintas al estrés: en los primeros días, con un llanto apenas audible; más tarde, con una conducta de congelación de todo movimiento y evitación de la mirada; por último, en su «preadolescencia», con una conducta de ladrido y amenaza. Las tres conductas están causadas por tres patrones distintos de producción de neurotransmisores, controladas por la amígdala en tres sucesivas fases de desarrollo de edad. Si atendemos simultáneamente a factores de desarrollo y a consideraciones genéticas, observamos una explicación muy plausible: el bebé macaco cuya madre está ausente está sometido a la presión de ser localizado simultáneamente por la madre o por depredadores. Dada su corta movilidad en los primeros días, la solución mejor a dos presiones contradictorias es un pequeño llanto, no demasiado fuerte para alertar a los depredadores pero suficiente para ser encontrado por la madre. Posteriormente, cuando el bebé adquiere mayor movilidad y el círculo de alejamiento es potencialmente más amplio, el congelamiento de la acción es más aconsejable que cualquier ruido: el tiempo de localización es ahora menos importante que el no ofrecerse como señal al depredador. Más tarde, la conducta de miedo ya compite con las de amenaza y preparación a la lucha. El que haya podido detectarse un patrón de neurotransmisores tan claramente asociado a tres conductas y a tres fases de desarrollo es probablemente uno de los descubrimientos más interesantes para repensar el papel funcional del sistema límbico.

El sistema límbico, con sus conexiones con las áreas de procesamiento superiores, es una parte de nuestra estructura cerebral que ha sido configurada por la evolución, pero la reutilización de este sistema funcionalmente depende de diversos niveles de desarrollo individual en medios diferentes culturales. Puesto que es un mecanismo de señales sobre planes de conducta, es tan sensible a las claves ecológicas y sociales como lo son los planes de conducta. La filosofía de las ciencias cognitivas ha señalado correctamente los componentes creenciales y desiderativos de la acción, pero no ha valorado suficientemente el hecho

de que las unidades básicas de la conducta sean planes cuya estructura y articulación no es fácilmente reductible a acciones atómicas. La persistencia de un plan exige recursos cognitivos, por ejemplo el compromiso con el plan independientemente de la información ocasional que difícilmente son solubles mediante los recursos de procesamiento conceptual tradicional. Pues bien, la existencia de un sistema límbico encargado de preformar los compromisos, abandonos, o transiciones de planes puede explicarse como un recurso evolutivo en un medio computacionalmente exigente como ha sido el medio ecológico y social de los primates y homínidos.

Desde el punto de vista funcional tiene poco sentido la discusión acerca de la construcción social *versus* implantación genética de las emociones. El punto central es la organización de la conducta en planes y la persistencia en su mantenimiento para llevarlos a cabo con éxito. Que los planes sean inducidos por normas sociales o no es una cuestión contingente en el desarrollo del individuo. En muchas culturas el mostrar una conducta de miedo se inhibe por normas. Pero eso no implica que en esa cultura no exista el miedo como emoción, sino que hay planes más exigentes y probablemente el miedo a mostrar miedo sea una emoción que se despierte antes que el miedo. La cuestión es que los recursos con los que trabaja el sistema límbico, los patrones de neurotransmisores, son complejos, aunque mucho más escasos que los recursos simbólicos del sistema conceptual. Pero no por ello deja de existir una capacidad combinatoria en relación con las exigencias superiores de los planes de acción. En cierto modo el sistema límbico cocina emociones en la medida en que la memoria narrativa se hace más y más compleja: está sometido a cierta forma de *educación sentimental*. Pero eso no plantea ningún problema para la potencia teórica de la noción de un sistema emotivo que trabaja como sistema de señales en varias dimensiones: individual, ecológica, de grupo, social.

El sistema emotivo es uno de los varios sistemas de control heterogéneos que han evolucionado como respuesta a necesidades prácticas. La llamada –mal llamada – «teoría de la mente» es otro de esos mecanismos: es un sistema de interpretación-predicción de la conducta de los otros usando claves conductuales para captar y manipular sus estados mentales. Contiene coordinaciones de la mirada, capacidad de interpretar las emociones, etc. Sabemos que algunos daños cerebrales, como ocurre en el autismo, produce una incapacidad de desarrollo, del mismo modo que las sociopatías y otras formas de psicopatías están asociadas en malfuncionamiento del sistema límbico. Quizá no es más que un argumento *ad hominem*, pero, del mismo modo que las discusio-

nes apriorísticas sobre la naturaleza de la «folkpsychology» han sido ignoradas, por suerte, por los psiquiatras y psicólogos especializados en autismo, los neurobiólogos no deberían hacer caso a los filósofos que prescriben la inexistencia de emociones como clase natural. La vuelta a esta clase de imperialismos sería una de las más graves irresponsabilidades sociales. Un siglo de catástrofe producida por el conductismo debería hacernos ya un poco más avisados.

La teoría funcional de las emociones es una teoría explicativa que, sin embargo, permanece neutra ante la discusión sobre el peso de la preadaptación evolucionaria de tales o cuales emociones. La discusión sobre cuánta parte de nuestros mecanismos conductuales han sido preadaptados por la evolución debería dejarse durante un tiempo en manos de la investigación empírica, de la psicología comparada, y de la paleoantropología. Cada vez parece más claro que muchas de las discusiones sobre cuál es la más correcta teoría evolucionaria están demasiado cargadas ideológicamente como para que nos tomemos un respiro y dejemos un tiempo a la investigación empírica. Es posible que parte de nuestro cerebro haya heredado comportamientos debidos a las condiciones de evolución en un medio social, como comenzamos a saber en el caso de la «teoría de la mente», pero no sabemos aún cuánta es la finura discriminativa de estos mecanismos. El programa evolucionario de algunos autores como L. Cosmides y Tooby es uno de los más promisorios en esta dirección, sin embargo no cabe descartar que sea refutado por datos empíricos acerca de una mayor configuración cultural del cerebro en el dominio de la ontogénesis individual. Y lo mismo se puede decir de lo contrario: las teorías de la construcción social de las emociones pueden verse refutadas a medida que encontremos invariantes interculturales en el reconocimiento y expresión de emociones, y, sobre todo, invariantes en los patrones neurofisiológicos en relación con claves medioambientales.

La teoría funcional es una teoría en parte conceptual y filosófica acerca de la naturaleza de lo mental: aboga por una extensión de la noción de lo mental a territorios que ni son lingüísticos todavía ni son ya meros patrones de reacción química, sino mecanismos informacionales que son sensibles a variaciones de la información, aunque no lo sean en el grado en que lo es el conocimiento conceptual. Y esta situación de territorios intermedios en tanto que tramas constitutivas nos presenta no solamente nuevos retos empíricos, sino también morales: ¿hasta qué punto somos responsables de nuestras emociones?. Es algo que no puede ser respondido más que con nuevas investigaciones pero también con una nueva consciencia acerca de nuestras capacidades mentales y de

nuestra responsabilidad acerca de ellas. A comienzos del siglo XX los nuevos movimientos de renovación educativa convirtieron la educación física en parte de nuestras responsabilidades morales. Más tarde hemos descubierto nuestras responsabilidades ecológicas. Quizá sea el momento de mirar también dentro del cerebro y descubrir nuestras responsabilidades mentales.

#### REFERENCIAS

- Adler, Robert (1999) «Crowded Minds» *New Scientist* 2217, 19 dic.
- Averill, James R.(1994) «In the Eyes of the Beholder», en P. Ekman, R.J. Davidson (eds) *The Nature of Emotions. Fundamental Questions*, Oxford, Oxford University Press
- Damasio, Antonio (1996) *El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano*. Barcelona, Drakontos, original *Descartes' Error. Emotion, Reason and the Human Brain*, Nueva York, G.P. Putnam's Sons
- Davidson, Donald (1976) «Hume's Cognitive Theory of Pride» en *Essays on Action and Events*, Oxford, Clarendon, 1980
- Descartes, R. (1955) [1644] *Les passions de l'ame* ed. G. Rodis-Lewis, París, J. Vrin
- Elster, Jon (1999) *Alchemies of the Mind. Rationality and the Emotions*, Cambridge, Cambridge University Press
- Frank, Robert L (1988) *Passions within Reason. The Strategic Role of Emotions*, Nueva York, W.W. Norton and Company Inc.
- Gibbard, A. (1990) *Wise Choices, Apt Feelings. A Theory of Normative Judgement*, Oxford, Clarendon
- Gordon, Robert (1987) *The Structure of Emotions*, Cambridge, Cambridge University Press
- Griffiths, Paul (1997) *What Emotions Really Are*, Chicago, The University of Chicago Press
- Hacking, Ian, (1995) *Rewriting the Soul: Multiple Personality and the Sciences of Memory*, Princeton, N.J., Princeton University Press
- Hansberg, Olbeth (1996) *La diversidad de las emociones*, México DF, Fondo de Cultura Económica
- Harris, Paul L. (1989) *Children and Emotion.*, Oxford, Blackwell. V. esp. *Los niños y las emociones*, Madrid, Alianza 1992
- Iglesias, Inmaculada (1996) «Vergüenza ajena» en W.Gerrot Parrot y R.Harre *The Emotions. Social, Cultural and Biological Dimensions*, Londres, Sage Publications
- Kenny, Anthony (1963) *Action, Emotion and Will*, Londres, Routledge

- Lazarus, Richard S. (1991) *Emotion and Adaptation*, Oxford, Oxford University Press
- LeDoux, Joseph, (1999) *El cerebro emocional*, Barcelona, Planeta, original. *The emotional brain*, Nueva York, Simon & Schuster
- Marina, Jose Antonio (1996) *El laberinto sentimental*, Barcelona, Anagrama
- Martínez Freire, Pascual (2000) «El desafío de las emociones a las ciencias cognitivas» *Themata* 25 55-66
- Nussbaum, Martha C. (1994) «The Stoics on the Extirpation of Passions» en *The Therapy of Desire. Theory and Practice in Hellenistic Ethics*, cap. 10, Princeton, Princeton University Press
- Oatley, Keith, (1992) *Best Laid Schemes. The Psychology of Emotions*, Cambridge, Cambridge University Press
- Oatley, K. ; Johnson-Laird P.N (1987) «Toward a cognitive theory of emotion» *Cognition and Emotion* 1, 29-50
- Ryle, Gilbert (1967) [1949] *El concepto de lo mental*, v.esp. Eduardo Rabossi, Buenos Aires, Paidós
- Schachter, S.; J.E. Singer (1962) «Cognitive, Social and Physiological Determinants of Emotional State» *Psychological Review* 69, 379-99
- Shalin, (1993) «Neurobiology of fear» *Scientific American* agosto, *Investigación y Ciencia*, noviembre
- Smith, Adam (1790) *The Theory of Moral Sentiments*, 6ª ed. Londres, A. Strahan and T. Cadell
- Solomon, Robert C. (1980) «Emotions and Choice» en Amelie O. Rorty (ed) *Explaining Emotions*, Berkeley, University of California Press
- Solomon, Robert C. (1986) «On Emotions as Judgements» *American Philosophical Quarterly* 25
- Tooby, John y Leda Cosmides (1990) «The Past Explains the Present: Emotional Adaptations and the Structure of Ancestral Environments», *Ethology and Sociobiology* 11, 375-424
- Tsai, Guochuan et alt. (1999) «Functional Magnetic Resonance Imaging of Personality Switches in a Woman with Dissociative Identity Disorder» *Harvard Review of Psychiatry* 7 119
- Zajonc, R. B. (1984) «On the Primacy of Affect» *American Psychologist* 39, 117-23
- Zajonc, R.B.(1980) «Feeling and thinking: Preferences Need no Inferences» *American Psychologist* 35, 151-75